



D. RAMÓN PÉREZ DE AYALA

BOLETÍN

DE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

AÑO LI. - TOMO XLII. - MAYO - AGOSTO 1962. - CUAD. CLXVI

Necrología de D. Ramón Pérez de Ayala

A nuestro compañero Ramón Pérez de Ayala, muerto durante estas vacaciones de estío, habría que hacerle una necrología como él las hizo siempre: marmórea, serenísima; con voluntad de lápida.

Recuerdo la que él escribió cuando un toro mató a Joselito. Pérez de Ayala, sin descomponer el estilo, se limitó a contar que meses antes él había dialogado sobre tauromaquia con una señorita americana. Había tratado de convencerla de que, frente al toro, todos los toreros corren un riesgo mortal. Luego se rectificó: "Todos, menos uno: Joselito". Explicó su salvedad. Este era un lidiador plenamente seguro de sus facultades, de su arte. La señorita, grave y sentenciosa, dijo: "Pues es el torero que se halla en más riesgo de muerte. Han sido provocados los dioses, y los dioses son vengativos..." Pocos meses después moría Joselito en Talavera.

Con esa falta de patetismo y gesticulación, con esa racional andadura, habría que escribir la necrología de Ramón Pérez de Ayala. Porque él también había provocado a los dioses con esa provocación que es el íntegro humanismo. A mí me parece que casi todos los grandes autores españoles están de pie y en trance de deambulación: Lope va a sus aventuras; Cervantes o Galdós a sus experiencias; Quevedo a sus politiquerías; Unamuno a sus desasosiegos; San Juan de la Cruz a sus andanzas fundacionales. Apenas hay un breve li-

naje de autores hispanos sentados: sentados, al margen de la vida, en irónica contemplación. De ese linaje era Pérez de Ayala, siguiendo la enjuta línea de Luis Vives, de D. Juan Valera, del Padre Feijoo y pocos más en España. Fuera de España, de Montaigne, de Voltaire, de Goethe. Autores son éstos que tienen muchas veces una vejez como la tuvo Ayala y la había tenido antes d'Ors, en la que la parálisis de las piernas les convierte en socráticas estatuas de sí mismos: viviendo de sus inagotables recursos interiores y verbales, sobre la manta que prolonga su torso en pliegues casi mineralizados. Son hombres que pasan la vida manejando especies intemporales y eternas. Hasta que un día la muerte les cobra, de golpe, toda la deuda de temporalidad que el hombre lleva siempre consigo. Los dioses responden a la provocación.

* * *

Hombres son éstos que ahorran resueltamente al biógrafo (o al necrólogo) mucha minuciosidad y puntualización de fechas, datos y acaecimientos. Ellos hicieron de su vida un pretexto para el pensamiento. Se les traiciona sí, al estudiarlos o llorarlos, se coloca uno más que ante un pensamiento ante una vida.

Con muy pocas puntualizaciones de contagios e impregnaciones queda despachado lo anecdótico e histórico de la obra de Pérez de Ayala.

Ya he escrito alguna vez cómo al madurar la Edad Moderna, España toma por una bifurcación de caminos que la hace alejarse de Europa. Ya Hamlet había dicho "ser o no ser"; ya Descartes iba a decir "pienso, luego existo", cuando nosotros nos dedicamos rabiosamente a "ser" o "existir" a contrapelo de una Europa dedicada resueltamente a dudar y a pensar.

Desde entonces empieza esa línea marginal que dije de hombres que toman sobre sí la función radical y se-

dentaria del pensamiento con la menor carga de temporalidad posible.

¿Qué flexiones imponen a la acerada intemporalidad de Pérez de Ayala las anécdotas de tiempo y espacio de su biografía?

Pocas... Que nace en 1880; que tiene, por lo tanto, dieciocho años en la fecha históricamente triste y profesoralmente sobrecargada de 1898, nos explica que su característica postura intelectual está constantemente aplicada a la problemática española de aquella generación.

Pero esto no es demasiado puntualizar y caracterizar, porque, por lo agitada y zarandeada que ha sido la vida de España, ha estado toda jalonada de constantes "noventa y ochos", de periódicas auscultaciones aprensivas. Después de Westfalia está la generación de Quevedo y Saavedra Fajardo; después de la guerra de Sucesión, la de Feijoo y, un poco a distancia, Forner y Masdeu; después de la primera pérdida del Imperio, Larra; después de la segunda, el "noventa y ocho" canónico de Azorín, Maeztu y Baroja, replanteado por Pérez de Ayala... Todos han lastrado su obra de preocupación española. Sería difícil decidir si los escritores españoles han sido constantemente preocupadizos, o si España por sí misma ha sido siempre una preocupación.

No da mucho más en Ayala la presión de lo temporal. En cuanto a lo espacial, tenemos lo poco que flexiona su ucrónico y utópico estilo mental el hecho de haber nacido en Asturias: una calle o una catedral que aparecen de vez en cuando en sus obras, entre los esquemáticos Belarminos, Apolonios, Xuantipas, Sesotris, Urbanos; y luego esa pelea muy asturiana con el idioma: pelea con su riesgo a la vista que medio digiere las esencias greco-romanas, que digiere del todo el andaluz de D. Juan Valera. Pelea que enseñoorea su mejor obra con esa preocupación idiomática que hace

que Belarmino, el zapatero, se vea obligado a crear un lenguaje propio, subjetivado, húmedo de un nuevo rocío matinal. La idea es tanto en Pérez de Ayala que para decirla se inventó un mundo de mitos, como su mítico zapatero un diccionario de significaciones y analogías.

* * *

Esa posición suya que sin temeridad podemos calificar redondamente de “intelectualista” está reforzada en nuestro gran compañero desaparecido por el sentido de cuanto le rodeaba. Aquí sí lo temporal y circunstante es decisivo.

Al frente de su primer libro de versos, en 1903, Rubén anotaba el hecho de haberse despertado España a la intelectualización. Es cierto. En torno a Pérez de Ayala todo se había puesto a pensar, hasta tal punto que la carga mental, como un explosivo, va a hacer saltar en pedazos los materiales de los géneros clásicos. Todos ellos —poesía, teatro, novela— se desfondan de puro peso intelectual. “La codicia rompió el saco”, y aquí es la codicia intelectual la que hace estallar las viejas alforjas de los géneros.

Los más circunspectos en sus parcelas genéricas, en dramaturgia Benavente o en novelística Baroja, no dejan de ser manipuladores de ideas apuntaladas con escombros de lo que ayer se entendía por una comedia o una novela. La primera comedia de Benavente, “El nido ajeno”, chocó al público por su falta de “argumento”, según se venía entendiendo a lo Echegaray; las primeras novelas de Baroja fueron calificadas de ensayos. La carga intelectual se les salía como el arroz en un canasto. Y si esto se dice de los más arquitectónicos de los autores de la hora, ¿qué no se dirá de las novelas de Azorín y de sus comedias, y de las de Valle Inclán, comedias o novelas que son púlpitos ocasionales de un mismo sermón, y de las “nóvolas” y dramas

de Unamuno, esqueletos ideológicos apenas revestidos de leve carne escolástica de género determinado? De ninguno de ellos se pudo sentenciar redondamente que fuera novelista, poeta o dramaturgo. Menos que de ninguno de Ramón Pérez de Ayala, que se podría pensar que no compuso más que un solo, caudaloso e innumerable "ensayo" genial echando mano a todos los artificios literarios para trasmitírnoslo. La pasión mental es así: intrépida y colonizadora de todas las provincias de la literatura. El que tiene mucho que decir lo dice como sea. Son los profetas los que echan mano, para transmitir su mensaje, del verso o de la prosa, de la imprecación, el salmo, el diálogo o el apólogo.

* * *

Y Pérez de Ayala fue un profeta menor de un estricto mensaje humano dicho en todos los tonos y estilos.

Por eso sería un poco artificioso y escolástico contemplar la figura desaparecida con una excesiva preocupación parceladora de su obra según los géneros que cultivó.

Quizás en lo más profundo de su posición literaria está esa convicción que Toynbee ha explanado de que el libro se consideró originariamente en Occidente como un pretexto o punto de arranque para el discurso, el diálogo o el comentario. El pensamiento occidental se hizo paseando y conversando con un libro en la mano, como Aristóteles y sus peripatéticos, o glosando un libro en florido diálogo en la Academia platónica. Los mismos Evangelios son como unos parciales apuntes de predicación sobrepasados por una ancha glosa verbal que fue predicación apostólica y quedó en tradición eclesiástica. El libro para Occidente, pues, es un excitante dinámico en marcha y movimiento: epicentro de un temblor verbal inagotable. Es el Oriente, sobre

todo en el enfoque judaico y talmúdico o en el coránico musulmán, el que presentó el libro como una inmovilidad pétrea y conclusa: “está escrito”. Por eso los alfabetos orientales son estéticos y ornamentales, mientras los de Occidente son económicos y funcionales: más incitación de continuidad que punto de llegada. Por eso puede ornamentarse un zócalo con letras árabes o hebreas, cosa que a nadie se le ha ocurrido hacer con letras romanas o con signos de taquigrafía. Por eso todo humanista —desde Luis Vives a Erasmo— ha sido aficionado a formular su pensamiento en diálogo. Y por eso Pérez de Ayala no se agota ni acaba en la nómima de sus libros, sino que su “obra completa” fundamental fue siempre esa de su coloquio y su glosa, que no terminó hasta que, en la clínica donde murió, no se extinguió su última conversación ática y taladrante con los amigos que venían a visitarle.

* * *

Sólo con esta salvedad y con esta perspectiva puede uno tratar de examinar la obra de nuestro compañero según el escolástico orden establecido de los géneros. Pueden espigarse éstos por el gusto de poner en la tarea cierta organización. Pero ha de ser a condición de que por debajo de las flores y matas que vayamos clasificando o recogiendo, oigamos, como una vena de agua abundante y tenaz, el inacabable ensayo intelectualista que es, en lo más hondo, toda la obra de Pérez de Ayala.

* * *

Sus libros de poesía primero. Todos con nombre de “sendero”: *La paz del sendero*, *El sendero andante*. Libros caminantes; de Asturias descendiendo a Castilla. Del Norte bajando hacia el Sur. Todavía se oye por arriba el intencionado prosaísmo de D. Ramón de

Campoamor, su paisano, y ya se le oye, por abajo, el castellano sentencioso del último Antonio Machado. El modernismo no deja de tentarle desesperadamente con sus últimas rosas y cisnes, pero, en todo caso, él no le abre la puerta más que a aquella parcela del "modernismo" que, por tentarlo todo, tienta también la resurrección de la monorritmia de Berceo o del Arcipreste de Hita. Rubén descansaba de sus musicalidades lánguidas con la dureza expositiva de estas estrofas o incluso con los monorritmos tercetos del *Diaes Irae*.

En resumen, por un lado o por otro, Ayala va a reintegrarse, aun en el verso, a su llana función intelectualista. "Coloquios" se llama una sección importante de su primer libro. Siempre "coloquios"; a lo Vives, a lo Erasmo: a lo Pérez de Ayala paralítico ya o ya moribundo, pero siempre en actividad su cerebro y su palabra.

En sus notas y escolios de ediciones posteriores se vislumbra su concepto de poesía. Hace chanzas sobre la Poesía como embriaguez o epilepsia genésica de coribantes, faunos y bacantes. Ni admite como manaderos únicos de la inspiración los hondones del alma explorados por los budistas o por los freudianos. No niega su admiración por Francis James, poeta de lo detallado y menudo que encontró la Poesía entre las zarzamoras, como Santa Teresa a Dios entre los pucheros. Anticipa la idea de nuestro compañero José María Cossío de cómo el empeño temerario de la "asedad" poética, de la busca de la Poesía pura y sustancial en sí misma está invalidando el aprovechamiento de todo un mundo donde el mágico fluido de "lo poético", apoyado en las cosas, ofrece a la sensibilidad el paladeo de la carreta, el crepúsculo o la muchacha, que son Poesía no por esencia, sino por participación.

Y ya tenemos a Ayala, aun en poesía lírica, recuperado por su pura función de humanista. D. Mi-

guel de Unamuno, el desorbitado y “energúmeno”, como le llamó Ortega, no comprende la moderada poesía del mozo asturiano. Este, en uno de sus coloquios, dialoga con su amigo el carnicero. Le dice que D. Miguel es muy sabio. Comenta el carnicero:

... Vamos, persona lista
algo así como a Don Luciano el organista.
—Hombre, algo más.

—Perdone, ¿usted vio a Don Luciano en la presa del río coger truchas a mano?

—Razón tienes, que cosas Don Miguel sabrá muchas mas si con ellas piensa vivir pescando truchas ¡se divierte! ...

Y D. Luciano y el propio carnicero son declarados oficialmente “sabios”. Estamos del todo en la solidez de la sabiduría bíblica, cifrada en un repertorio de moderaciones y realismos. En el área de los sabios de Grecia, que son “sabios” porque dijieran cosas prudentísimas sobre los astros, las cosechas y los animales de labranza, y alguno, como Hesiodo, aconsejó tener en casa un buey, una leñera y un criado soltero... En plena hora de la sabiduría nebulosa, germanizante y krausista, que había de llevar a España a tan despegados y revolucionarios idealismos antinacionales, Ayala anticipa su salvación y su evasión postrera admirando la concreta y helénica sabiduría de quien sabe pescar truchas a mano.

* * *

Si esto es en poesía, ¿qué no ocurrirá en la novela, género en prosa con mayor libertad de composición para la fuga intelectualista?

En una ojeada general a su novelística descubrimos en seguida la carga de ensayismo, de coloquio y

humanidades que hay en ella. Descubriremos, sí, ciertas reminiscencias galdosianas pasadas por el asturianismo de *La Regenta*, de Clarín. Pero en seguida advertimos cómo la simple nómina de títulos y personajes —Sesostris y Platón, Prometeo, La caída de los limones, Belarmino y Apolonio, Urbana y Simona— se llevan la obra hacia un plano erudito y culturalista y hacia una intemporalidad de bajo relieve.

La más novela de todas, *La pata de la raposa*, es por su fertilidad de claves y alusiones un verdadero ensayo satírico sobre la vida literaria contemporánea. Las otras están a menudo compuestas en forma de parejas o colleras de títulos, de los cuales el primero acusa el mínimo de acción argumental, que luego comenta el segundo ya casi en plan de pura divagación ensayística, como la moraleja después de la fábula en el orden esópico; algo así como si al novelista se le acabara la cuerda a medio camino y sólo continuase la inagotable facundia del comentarista intelectual. *Luna de miel, luna de hiel* cuenta lo que luego comenta *Los trabajos de Urbana y Simona*, y *Tigre Juan* es una acción humana que da pie a ese divertido ensayo sobre el honor que es su segunda parte: *El curandero de su honra*.

Obra maestra, cumbre de plenitud serenísima de esa manera de composición literaria y organización mental, su *Belarmino y Apolonio*, libro que se llegó a llamar el *Quijote* del siglo xx y en el que Ayala volcó toda su vocación, hasta con exhaustiva totalidad de agotamiento.

Desde las figuras de los zapateros protagonistas a las de Don Amaranto de Fraile o Don Guillén, todo el libro está compuesto por el objetivo procedimiento humanístico de recoger los hechos y dichos de personajes característicos: fórmula que empieza desde los diálogos socráticos de Platón y los *Memorabilia* de Xenofonte, hasta los burlescos evangelios de las opinio-

nes de Bergeret de Anatole France o las máximas dor-sianas de Xenius u Octavio de Romeu. Enfocada por este procedimiento la fuente novela, se divisa, hasta perderse de vista, todo un panorama de pensamiento, del que es sólo una parcela o zona de inmediatez la España de la hora. Las casas de huéspedes, el anticlericalismo, los toros: gran parte también de los temas del 98 desfilan por el agudo y penetrante examen de aquellos personajes artificiosos, paradójicos y contradictorios, que componen, entre todos, un río de pensamiento serpenteante sobre un paisaje que el río se ocupa mucho más de amenizar que de fertilizar. Porque no creo que en el fondo tenga el espléndido libro intención más alta que la de probar lo que dice hacia el final el personaje Escobar: "el que consagra sus días a la busca y ejercicio de la Verdad, el Bien y la Belleza es incompatible con la Vida: por lo menos con la vida tal como se nos ofrece en la sociedad presente". Escobar el filósofo deja al morir extraños escritos. "Los dos hechos históricos más nocivos para el progreso... fueron la invención del papel y la invención de la imprenta." Escobar hubiera querido que se siguiera escribiendo a mano y en folio de pergamino, dificultad artesana que ayudaría a la minoritaria selección. Escobar truena contra la frase de Carlyle "La mejor universidad de estos tiempos es una biblioteca". "La mejor universidad —dice el personaje de Ayala— sería un cuartel. Quiero decir: una cultura socializada e impuesta al modo de la disciplina militar. La disciplina militar es abominable porque es inculta. Pero la cultura moderna es abominable porque es indisciplinada." Siempre acaban los humanistas, en definitiva, redescubriendo el "despotismo ilustrado", implorando a Pericles y resucitando el gobierno por los filósofos de la República de Platón. Desde Luis Vives y Erasmo a Pérez de Ayala toda la línea marginal de los sedentarios humanistas han soñado siempre con vengar el

fracaso de su maestro Platón en la corte de Dionisio de Siracusa. Esta constante intelectual explica mucha parte de la trayectoria activa de Ramón Pérez de Ayala.

* * *

Si el pensamiento y el ensayo están ahí latiendo, como la más personal expresión de Ayala, aun en sus obras de imaginación, no hay que detenerse a certificar esto en su pura y deliberada producción crítica, de ensayos o de artículos: en ese amable continuar de su charla sedentaria que en los últimos días de su vida se remansó tantas veces en la página primera del diario *A B C*; allí donde ha dejado, al irse, como un hondo vacío, y a mí personalmente como un viento frío por el flanco de su acostumbrada compañía y su cancelada presencia.

En el ensayo propiamente tal, su disposición humanística no hacía más que duplicar la descomprometida libertad del género. Tenía tal arsenal de ideas e informaciones que las "ensayaba" sobre cualquier mínimo motivo y pretexto. Si Juan Belmonte se corta la coleta, sobre el mínimo suceso piloso salta hacia toda una elaborada teoría de la formación de los "mitos" que, burla burlando, tiene la informada gravedad científica de Fustel de Coulange, de Mommsen o de Burckhardt. Como, burla burlando, de la cantidad de personas que una semana después aseguraban tener la coleta de Belmonte se expansiona en unas chufas sobre las muelas de Santa Polonia o los ojos de Santa Lucía, multiplicados por relicarios y catedrales, que podría firmar Erasmo o Voltaire. Ayala, con su erudición, con su opinión, con su criticismo, está agazapado detrás de todos los sucesos, y aunque éstos sean tan minúsculos como la coleta de Belmonte le sirven para agarrarse a ellos y trepar como por maroma de titiritero hacia las alturas de su personal filosofía.

Lo mismo en sus trabajos de crítica. El tema —autor o libros criticados— es muchas veces una simple excusa para el desarrollo de una original doctrina. Una intrascendente comedia de los Quintero, “Don Juan, buena persona”, le da pie para un originalísimo ensayo sobre el “donjuanismo” que se va llevando el tema lejos, lejos, como una barca velera que muy pronto pierde de vista la playa donde se quedan, jugando con su infantil arena teatral, los rientes hermanos de Utrera. De aquí el apasionamiento que algunos han visto en su labor de crítica: su parcialidad, por ejemplo, a favor de Galdós y contra Benavente. Ni Benavente ni Galdós son ellos mismos. Son los signos y mitos de personales y contrapuestas doctrinas sobre el teatro. Son símbolos y encarnaciones culturales. Son los Belarmino y Apolonio de su ensayo sobre arte dramático, como estos otros fueron los protagonistas de su novela, también ensayo, sobre la vida.

* * *

Pero si todo es fundamentalmente en Ramón Pérez de Ayala pensamiento, no hemos de terminar sin decir una última palabra sobre ese pensamiento mismo.

De un modo esquemático y en líneas generales, el pensamiento de Ayala está colocado en la línea de ese forcejeo intelectual que yo he llamado alguna vez la frustrada tercera asimilación española.

A partir del tránsito de la edad heroica a la Moderna, la primera fue el Renacimiento, asimilado en la lírica de tantos poetas, en el platonismo de tantos autores. La segunda fue la Reforma, digerida y española por tantos “reformadores” que, como San Ignacio o Santa Teresa, hicieron desde el interior de la ortodoxia la “Contrarreforma”, que no significa lo contrario de la Reforma, sino más bien una “reforma” en contrario.

Pero luego, al entrar la Modernidad, triunfa en

Europa, y casi la define, un tercer movimiento, que es el Iluminismo: la Ilustración, las luces. Por mil circunstancias que no es posible analizar, esa asimilación o síntesis no llegó a realizarse con la plenitud de las anteriores. Feijoo la intenta en lo cultural; Jovellanos, en lo político; García de la Huerta, en lo teatral. Pero no se llega a la fusión. El forcejeo se continúa en ese malestar de casticismo y europeísmo, siempre superpuestos y nunca compenetrados, que dura hasta nuestros días y que hace que la parte más europea o moderna del pensamiento español, por no asimilada o digerida, presente tantas veces visibilidades polémicas o provocativas. Ayala es un íntegro testigo de ese forcejeo. En el estado de la deficiente cultura de su época era evidente que al que se colocaba, como Ayala, en una contemplación marginal europea y culturalista la visión de España acababa pareciéndole un panorama de “troteras y danzaderas”.

Pero Pérez de Ayala lucha por la síntesis. “Los manaderos de colmada humanidad para el hombre —escribe— residen en la profundidad pretérita de la patria en donde ha nacido.” Con esa diafanidad está puntualizada por el escritor la básica dimensión tradicional a la que luego trata de asimilar toda su información europea y moderna. En este punto, Ayala es pleno noventa y ocho: implacable crítico de una España que amaba intensamente. El patriotismo al uso se perdía en declamaciones verbalistas que sonaban a simples necrologías: “género oratorio el más benevolente —dice él— y dócil para la hipérbole y la mentira piadosa”. Esto lo rechazaba Ayala con tanta vehemencia como sus compañeros de promoción. Pero con la retórica que rechazaba no se iba adherida ni expulsada la verdad medular del patriotismo ni de la tradición, que conservaba con mejor asepsia y, por lo tanto, con mejor seguridad.

Ni España ni Pérez de Ayala llegaron a la la difícil síntesis de Ilustración y Tradición, de europeísmo y casticismo, sino a medias y con dificultades. En todo forcejeo, perplejidad y dualismo de esa especie, siempre es más vistosa y punzante la parte de "lo nuevo". Una vieja tradición polémica que tiene su zona extrema en las *Provinciales* de Pascal y en el Padre Mir, y su zona moderada de limpiezas internas en los Padres Mariana y Gracián, le colocó en posición agresiva frente a un benemérito Instituto religioso. Pasiones anecdóticas y con concretísima fecha dieron visibilidad provocativa de teatro a lo que estaba destinado a la lectura. Y para muchos, tan apasionados éstos como los otros, un título y un libro fueron todo Pérez de Ayala.

Yo, que lo encontré en Buenos Aires, precisamente en una residencia de la Compañía de Jesús donde yo había dado una conferencia, siendo ya Ayala agregado cultural de nuestra Embajada; hablé bastante con él y pude conocer los caminos de elegancia y humanismo por donde había retornado al orden.

Por la elegancia pueden empezarse muchas convicciones que todavía no están maduras en el orden intelectual. El "buen gusto", en lo mental como en lo fisiológico, puede ser suficiente y anticipado aviso discriminatorio del alimento sano y del averiado o podrido. No está fuera del orden providencial que Dios coloque en el corazón del hombre frenos humanísticos y repugnancias estéticas que hacen su operación mientras no funciona la definitiva claridad.

Aunque D. Marcelino Menéndez Pelayo, cargado de información y sabiduría tradicional, llegaba a la almendra del problema, se ve de sobra, leyéndolo, que le hubiera bastado la jerigonza estilística krausista, su nebulosidad germánica, para salirse de aquel juego que tan desviado camino emprendía.

También en Pérez de Ayala funcionaba, por otras vías, esta incompatibilidad formalista. Desde que Sanz del Río había ido a Alemania a traer una filosofía como quien trae una corbata, y desde que Giner la había prestigiado con su apostólica limpieza moral, el pensamiento español de las minorías, hasta entonces afectado de superficialidad francesa, iba a tirar por rumbos de germánica nebulosidad. Se necesitó todo el iberismo impetuoso y la diafanidad retórica de Ortega para que España medio aceptara un idealismo tan contrario a su genio.

Pérez de Ayala, por razones de familia, al lado de Ramiro de Maeztu, fueron los que realizaron esa gran operación equilibradora y desviacionista de poner a España en contacto con el moderado pensamiento británico: Admirar al *gentleman* era un buen vestíbulo para volver a admirar el hidalgo. O por lo menos un "seguro" para no admirar demasiado a Krause.

Pero, sobre todo, el britanismo de Ayala venía a encontrarse en su casa y a instalarse con holgura en su radical formación clásica. El idealismo alemán, tren cogido por los intelectuales españoles saltando al furgón de cola, se basa siempre, en todas sus formas y maneras, en esa seguridad kantiana de que detrás del "fenómeno", única realidad del todo cognoscible, sólo existe el "noumenon" indefinible y vago como una nube o una logomaquia. En el pensamiento clásico y humanístico detrás del "fenómeno" no se encuentra el "noumenon", sino el Numen, una abreviación humana, mítica y representativa. —Venus detrás del amor, Minerva detrás de la sabiduría— que establece para pensar y hablar como un sistema de signos convencionales o telégrafo de banderas.

En esta estirpe de númenes está esa especie de vocabulario humano de las ideas que son para Pérez de Ayala, Prometeo, Belarmino, Urbana o Simona: simplificaciones personales de ideas que ya no pueden es-

caparse hacia la indeterminación porque son retenidas por un cuerpo y un nombre y una fisonomía.

Para Pérez de Ayala el "intelectual", gremio del que era socio de honor, volvía a acordarse de su antepasado el "clérigo", el "fraile" del Medioevo: el hombre que para poder entregarse al gozo de la idea y el libro empezaba por encerrarse en una disciplina. Luego se estableció gratuitamente que la inteligencia es, por definición, una fuerza negativa o destructora. Nos hemos quejado, y con razón, muchas veces, de que los Estados la vigilan, pero hemos de confesar que la hemos pregonado nosotros como trilita y la hemos paseado con la banderita roja y precautoria de los transportes de explosivos. Cuando la realidad es que la inteligencia fue un día una potencia mental metida en un claustro y, en nuestro siglo áureo, por lo menos, una fuerza constructiva y coadyuvante a un mínimo orden establecido. En ese sentido, su humanismo clásico se avino en Ayala perfectamente con su britanismo radical. Toda la literatura inglesa está construida por grandes ingleses que se ríen de Inglaterra. "Obedecer sin chistar" es la fórmula del gregarismo germánico en que termina todo el idealismo filosófico. "Chistar sin obedecer" es la fórmula del anarquismo ibérico. En el centro, "obedecer chistando" fue la fórmula de Grecia y de Inglaterra y fue la fórmula de Pérez de Ayala.

Se salvó de la Revolución, en su versión soez y demagógica, por el mismo camino por donde los humanistas del Renacimiento, con Erasmo a la cabeza, se salvaron de la Reforma. Donde hubo humanidades y Renacimiento, como en Baviera, Lutero no pudo entrar con su intrépido lenguaje tabernario. Pérez de Ayala no pudo llegar a ser del todo revolucionario, como Desiderio Erasmo o Angel Poliziano no pudieron ser del todo reformistas, aun siendo reformadores. Escribió que si él fuera gobernante prohibiría los toros por razones éticas. Pero que como no lo era iba a los

toros por razones estéticas. Cuando la ética está todavía en nebulosa o perplejidad puede bastar la estética como recurso de urgencia para decirnos adónde debemos ir o no ir.

Su muerte ejemplar y serenísima ha sido bello testimonio de cuanto el humanismo, siempre, desde la Egloga IV de Virgilio y las anticipaciones teológicas de Platón y las previsiones éticas de Sócrates o Séneca, es preparación y promesa de la Cristiandad. Por su unión y entrecruce originario y teológico en la esencia divina no se puede estar del todo con la Belleza sin estar de algún modo con la Verdad.

JOSÉ MARÍA PEMÁN.